

imprudente ó el ruido de las armas revelasen la astucia en aquel valle descubierto, al amanecer envió un destacamento para que se apoderase de la mencionada altura, distrayendo así la atención del enemigo. En el primer momento despreciaron aquel grupo de soldados, y cada cual pedía el favor de arrojarles y ocupar su puesto. El mismo general, en medio de los más atrevidos y más presuntuosos, gritó ¡á las armas!, lanzando contra el enemigo ridículas bravatas y vanas amenazas. Al principio destacó sus tropas ligeras y en seguida su caballería en columna cerrada; viendo al fin que el enemigo recibía también refuerzos, avanzó él mismo con sus legiones formadas en batalla. Aníbal, por su parte, enviando sin cesar en socorro de los suyos, á medida que el combate se empeñaba, nuevos cuerpos de infantería y caballería, había completado su ejército; de manera que por una y otra parte se combatía con todas las fuerzas. La infantería ligera de los romanos que escalaba una altura cuya parte superior ocupaba el enemigo, fué rechazada y derribada sobre la caballería, que subía detrás y se refugió bajo las enseñas de las legiones. Estas solamente permanecían inquebrantables en medio del desorden; y parecía que si el combate era regular y leal, no cederían la victoria: tanto excitaba su valor el triunfo conseguido pocos días antes. Pero saliendo de pronto el enemigo de su emboscada, y atacando á la vez los flancos y la retaguardia de los romanos, produjeron en sus filas tanta confusión y espanto, que ninguno conservó ni valor para defenderse ni esperanza de huir.

Entonces Fabio, á los primeros gritos de espanto que oyó y al contemplar el ejército en derrota, dijo: «He ahí lo que había previsto; la fortuna ha sorprendido la temeridad, pero no tan de prisa como temía. El hombre que han igualado con Fabio, ha encontrado en Aníbal un maestro afortunado y valiente. Pero no es este mo-

mento de quejas y reconvenções: soldados, salid de las fortificaciones arranquemos la victoria al enemigo y á nuestros conciudadanos la confesión de su falta.» Mientras las gentes de Minucio sucumbían en gran número, ó no pensaban más que en huir, apareció de pronto Fabio, como llegando del cielo para socorrerlos. Antes de que se encontrase á tiro de venablo y pudiese trabar combate, detuvo la precipitada fuga de los romanos y el encarnizamiento del enemigo. Los que huían á la desbandada se reunieron al ejército que marchaba en buen orden: los que se retiraban en grupos, volvieron caras, y formándose en círculo, comenzaron en tanto á retroceder lentamente, en tanto á detenerse, haciendo frente por todos lados. Las tropas vencidas y las de refresco no formaban ya más que un solo cuerpo y se dirigían juntas hacia el enemigo, cuando Aníbal mandó tocar retirada, proclamando en voz alta que había vencido á Minucio y que Fabio le había vencido. Estas vicisitudes de la fortuna ocuparon la mayor parte del día. Cuando volvieron al campamento, reuniendo Minucio á sus soldados, dijo: «Soldados, frecuentemente he oído decir que es el hombre más hábil el que sabe adoptar el partido más conveniente; que el segundo grado del mérito consiste en seguir los buenos consejos; pero que el que no sabe ni obrar por sí mismo ni obedecer á otro, era talento ínfimo. Puesto que la suerte me ha negado el primer puesto en talento y en genio, sepa yo al menos conservar el segundo; y mientras aprendo á mandar, me resigno á obedecer á otro más prudente que yo. Reunamos nuestro campamento con el de Fabio; llevemos nuestras enseñas delante de su tienda. Allí, cuando le haya llamado padre, título que tanto merece por sus beneficios y su dignidad, vosotros, soldados, saludad con el nombre de patronos á aquellos valientes cuyos brazos y cuyas armas acaban

de salvarlos. Y que á falta de otra gloria, que este día nos asegure al menos la de la gratitud.»

Dada la señal, mándase recoger los bagajes, partiendo en seguida y caminando en buen orden hacia el campamento del dictador, llenando de estupor á Fabio y á cuantos le rodeaban. En cuanto fueron colocadas las enseñas delante del tribunal, saliendo de las filas el jefe de los caballeros, llamó padre á Fabio y los soldados saludaron con el nombre de patronos á los del dictador formados en derredor de su jefe. En seguida dijo: «Fabio, mis padres, á quienes acabo de igualarte dándote el mismo nombre, que al menos me permite hablarte como hijo, no me dieron más que la vida: á ti te debo mi salvación y la de estos valientes. Por esta razón rechazo y abrogo espontáneamente ese plebiscito que ha sido para mí antes carga que honor. ¡Y ojalá que mi resolución sea tan dichosa para ti como para mí, para el ejército salvado como para el ejército libertador! Vuelvo bajo tu mando y bajo tus auspicios, y te restituyo esas enseñas y esas legiones. Ruégote que perdones y mantengas al jefe de los caballeros y á sus compañeros cada uno en su grado.» Estrecháronse por ambas partes las manos, y habiendo disuelto la reunión, los soldados de Fabio invitaron á los de Minucio, conocidos y desconocidos, tratándoles con generosa hospitalidad, de suerte que aquel día, antes tan triste y casi nefasto, concluyó por ser de regocijo. En cuanto llegó la noticia á Roma, confirmada doblemente por las cartas de los generales y de los soldados de los dos ejércitos, todos ensalzaron á Máximo. Iguales alabanzas le tributaban Aníbal y los cartagineses, que comprendían al fin que tenían que hacer la guerra con los romanos y en Italia. Porque durante los dos años anteriores habían concebido tanto desprecio por los generales y soldados romanos, que apenas creían tener que habérselas con aquella misma

minación de la que tan terrible idea le habían dejado sus padres. Refiérese también que dijo Aníbal, al volver del combate, «que aquella nube que por tanto tiempo había permanecido sobre las montañas, acababa al fin de formar la tempestad.»

Mientras tenían lugar en Italia estos sucesos, el cónsul Cn. Servilio Gemino, después de costear con una flota de ciento veinte naves las islas de Cerdeña y de Córcega, y de haber recogido rehenes, se dirigió á África. Pero antes de intentar ningún desembarque en el continente, devastó la isla Menix é hizo que los habitantes de Cercina le diesen diez talentos de plata por no entregar sus tierras al incendio y saqueo. En seguida abordó á las costas de Africa, donde desembarcó sus tropas. Habiéndose desparramado aquí y allá soldados y marineros para saquear, como si se encontrasen en islas desiertas, dieron ciegamente en una emboscada: dispersos y sin conocer el terreno, en un momento quedaron envueltos por numerosos enemigos concedores del país, que les llevaron vergonzosamente hacia sus naves, matándoles más de mil gente. Cerca de mil hombres sucumbieron, entre los que se encontraba el cuestor Sempronio Bleso. La flota se alejó precipitadamente de aquella orilla poblada de enemigos, dirigióse á Sicilia y fué entregada en Lilibeá al pretor T. Otacilio, para que su legado P. Sura la llevase á Roma. El mismo cónsul, atravesando por tierra la Sicilia, pasó á Italia por el estrecho, en virtud de una carta de Fabio que le llamaba, como también á su colega M. Atilio, para entregarles el ejército, estando para terminar los seis meses de su dictadura. Casi todos los anales dan á Fabio el título de dictador en la guerra contra Aníbal. Celio dice además que fué el primer dictador creado por el pueblo. Pero Celio y los demás olvidan que el cónsul Cn. Servilio, que se encontraba entonces en la provincia de la *Cisalia*,

era el único que tenía derecho para nombrar dictador, y que la ciudad, demasiado aterrada por la última derrota para resignarse á largo retraso, recurrió á la creación de un prodictador por el pueblo. Después, las hermosas hazañas, la brillante gloria de aquel hombre y la posteridad que enalteció su nombre con título más honroso, han hecho prevalecer fácilmente el nombre de dictador.

Los cónsules M. Atilio y Geminio Servilio, habiendo tomado el primero el ejército de Fabio y el segundo el de Minucio, se fortificaron desde muy temprano en sus cuarteles de invierno (encontrábanse en fines de otoño) é hicieron constantemente la guerra con perfecto acuerdo, según el sistema de Fabio. Cuando Aníbal marchaba á hacer provisiones, presentábanse oportunamente en varios puntos para hostigar su marcha y sorprender á los que se separaban, evitando cuidadosamente un combate general que el enemigo buscaba por todos los medios posibles. De esta manera quedó reducido Aníbal á tal escasez que, si no hubiese temido que su retirada pareciese fuga, habría retrocedido á la Galia, teniendo perdida la esperanza de alimentar sus tropas en aquel país, si los cónsules continuaban haciendo la guerra de la misma manera. Mientras el invierno tenía suspendida la guerra cerca de Geronio, llegaron á Roma legados de Nápoles, presentando al Senado cuarenta copas de oro de considerable peso, y expresándose, sobre poco más ó menos, en estos términos: «Sabían que la guerra agotaba el tesoro del pueblo romano, y como esta guerra se hacía tanto por las ciudades y las tierras de los aliados como por Roma y el imperio, había parecido justo á los napolitanos sacrificar todo el oro que les habían dejado sus antepasados, bien para adorno de los templos, bien como recurso permanente, para ayudar al pueblo romano. También ofrecían sus

personas si las creían de alguna utilidad. El Senado y el pueblo romano les favorecerían mucho si se dignaban considerar como suyo todo lo que poseían los napolitanos, y si aceptaban un don que tenía más mérito por la buena voluntad de los que lo ofrecían que por su propio valor.» Dióse gracias á los legados por su generosidad y cuidado, y solamente se aceptó la copa más ligera.

En estos mismos días se descubrió en Roma un espía cartaginés, que había estado oculto allí dos años, y cortándole las manos, lo expulsaron. Por haber conspirado en el campo de Marte, fueron crucificados veinticinco esclavos: el denunciador recibió la libertad y veinte mil ases. Enviáronse legados á Filipo, rey de Macedonia, para reclamar á Demetrio de Faros (1), que después de su derrota se había refugiado en los estados de este príncipe; otros á los ligurios, para pedirles cuenta de los socorros que habían suministrado á los cartagineses en hombres y en provisiones, y al mismo tiempo para observar de cerca lo que pasaba entre los boyos é insubrios. Envióse también otra legación á Pineo, rey de Iliria (2), para reclamar el pago del tributo, cuyo plazo

(1) Demetrio de Faros, gobernador de Corcira y jefe de las tropas de Teuta, esposa de Agrón, rey de Iliria, después de cuya muerte gobernó en calidad de tutora de Pineo, hijo de Agrón é hijastro suyo. Durante la guerra que los romanos hicieron á Teuta, Demetrio abandonó el partido de ésta por el de los romanos, á quienes abandonó en seguida por Teuta. Cuando abdicó ésta, tomó la tutela de Pineo y gobernó la Iliria en unión de Scerdilaidas, hermano de Agrón y tío del rey menor. Habiéndole declarado la guerra los romanos, fué vencido por L. Emilio Paulo, y se refugió al lado de Filipo de Macedonia, hijo de Demetrio, nieto de Antígono Gonatas y padre de Perseo.

(2) Pineo, rey de Iliria, hijastro de Teuta, hijo de Agrón y nieto de Pleurato. El tributo de que aquí se habla es el que se impuso á Teuta, entre las condiciones de la paz que le concedieron los romanos. Además de este tributo anual, abandonó

había vencido, ó si quería aplazamiento, tomar rehenes de esta manera los romanos, hasta en medio de la formidable guerra que tenían á sus puertas, sabían atender á los negocios de todos los países, hasta los más lejanos. Experimentóse también cierto escrúpulo religioso porque no se había adjudicado aún un templo que el pretor L. Manlio había ofrecido elevar á la Concordia, en una sedición militar ocurrida en la Galia dos años antes. En consecuencia de esto, los decenviros creados por el pretor M. Emilio, Cn. Pupio y K. Quincio Flaminio, encargaron á contratistas que construyesen aquel templo en la fortaleza. El mismo pretor, en conformidad con un *senatus-consulto*, escribió á los cónsules que si lo creían oportuno viniese á Roma uno de ellos para la creación de cónsules, y que convocaría los comicios para el día que designasen. A este aviso contestaron los cónsules «que no podían alejarse del enemigo sin peligro para la república; que era necesario por tanto, celebrase los comicios un *inter-rey*, más bien que llamar á uno de ellos.» A los senadores pareció más conveniente hacer que un cónsul nombrase para estas funciones un dictador, siendo nombrado L. Veturio Filo, que eligió para jefe de los caballeros á Manio Pomponio Matho; pero considerándose irregulares estas elecciones, los nombrados tuvieron que abdicar á los catorce días y se volvió á los *interregnos*.

Prorrogóse por un año la autoridad de los cónsules, y los *inter-reyes* que nombró el Senado fueron C. Claudio Centho, hijo de Apio, y después P. Cornelio Asina. Bajo el *interregno* de este último, se celebraron los comicios, siendo muy agitados con violentos debates entre el Se-

á los romanos la mayor parte de la Iliria, y no podía navegar más allá de Lisso con más de dos naves pequeñas y desarmadas.

nado y el pueblo. C. Terencio Varrón, á quien se empeñaba el pueblo en elevar al consulado, porque pertenecía á su orden, había ganado el favor de la multitud por sus ataques contra los grandes y sus intrigas populares y cuyo odio habían revelado los golpes lanzados en otro tiempo contra el poder y la dictadura de Fabio, era vigorosamente rechazado por los senadores, que temían se acostumbraesen hombres oscuros á elevarse hasta ellos atacando su orden. Q. Bebio Herenio, tribuno del pueblo, pariente de C. Terencio, acusaba no solamente al Senado, sino también á los augures, de haber impedido al dictador celebrar los comicios; y por la ira que concitaba contra ellos, captaba para su candidato el favor público. «Los nobles, que desde muchos años buscaban una guerra, habían atraído á Aníbal á Italia; y ahora prolongaban pérfidamente esta guerra que les era fácil terminar. Claramente se había visto que podían librar batalla con las cuatro legiones romanas reunidas, por el triunfo que consiguió Minucio en ausencia del dictador. Dos legiones habían sido entregadas á la espada del enemigo y salvadas en seguida de la matanza, para dar el título de padre y patrón al que había impedido á los romanos que venciesen antes de libertarles de la derrota. Los cónsules en seguida, cuando podían combatir, habían prolongado la guerra por las maquinaciones de Fabio. Esto era un pacto celebrado entre todos los nobles, y la guerra no concluiría hasta que se eligiese un cónsul verdaderamente plebeyo, es decir, un hombre nuevo; porque los plebeyos ennoblecidos estaban iniciados en los mismos misterios, y despreciaban á la plebe, desde que no les despreciaban los senadores. ¿Quién no veía que por sus movimientos é intrigas habían traído un *interregno*, para poner los comicios á discreción del Senado? Esto era lo que habían buscado los cónsules permaneciendo los dos en el ejército. Y

como á pesar suyo se había nombrado un dictador para los comicios, habían arrancado una declaración de los augures contra la regularidad de aquel nombramiento. Habían logrado, por consiguiente, un interregno. Pero el pueblo era al menos dueño de un consulado, y sabría disponer libremente de él y concederlo á un ciudadano más celoso de vencer francamente que de conservar por mucho tiempo el poder.

Como estos discursos habían enardecido al pueblo, á pesar de la concurrencia de tres patricios, P. Cornelio Merenda, L. Manlio Vulso, M. Emilio Lépido, y de dos nobles de familia plebeya, C. Atilio Serrano y E. Elío Peto, de los que el uno era pontífice y el otro augur, nombróse cónsul solamente á C. Terencio con objeto de que tuviese en su mano los comicios que debían celebrarse para la creación de su colega. Habiendo experimentado la nobleza la poca influencia de sus candidatos, decidió á L. Paulo Emilio á que se presentase, después de prolongada resistencia de su parte; porque este noble ciudadano, que había sido cónsul con M. Livio, había conservado profundo resentimiento por la condenación de su colega y por el peligro que él mismo había corrido (1). En los comicios siguientes, habiendo desistido los competidores, de Varrón dióse éste por antagonista al cónsul, más bien que por colega. Procedióse en seguida al nombramiento de pretores, siendo elegidos Manio Pomponio Matho y P. Furio Filo. La suerte dió á Pomponio la jurisdicción de los ciudadanos roma-

(1) Este colega fué M. Livio Salinátor, quien, después de su consulado, fué condenado por el pueblo por no haber repartido por igual el botín entre los soldados. Parece que Paulo Emilio fué comprendido en la misma acusación y que le costó mucho trabajo escapar de la pena (*ambustus evaserat*). Decíase *ambustus* del herido por el rayo, y los antiguos llamaban á la condenación ó destierro *fulmen*, rayo.

nos (1), y la de los extranjeros á Furio Filo. Créanse los

(1) Al principio fué general el nombre de pretor para todos los magistrados, *is qui præit jure et exercitu*. Por esta razón se llamaba al dictador *prætor maximus*. Pero como ocupados los cónsules en guerras continuas no podían acudir á la administración de justicia, hizo de esta función una magistratura distinta, el año de Roma 389, tomando especialmente el título de pretor aquel á quien se confiaba. Al principio se reservaron los patricios esta magistratura, como recompensa de la admisión de los plebeyos al consulado; pero en el año 418 tuvieron que admitir también para ella á los plebeyos.

Un pretor solo no podía atender á los numerosos negocios ocasionados por la multitud de extranjeros que de todas partes afluan á Roma, por lo que, hacia el año 310 se le dió un colega, *qui inter cives romanos et peregrinos jus diceret*; frase que ordinariamente se entiende en el sentido de que las funciones de este pretor eran aplicables cuando una de las partes era un romano y la otra un extranjero: entendiéndose otros que significa que el pretor administraba justicia, fuesen ó no romanos los contendientes. Decidíase por sorteo la jurisdicción asignada á cada uno de los pretores elegidos. Llamábase *prætor peregrinus* al que administraba justicia á los extranjeros, y por oposición se dió al otro el nombre de *prætor urbanus*. Teníanse por más nobles las funciones de éste, y de aquí la frase *prætor honoratus*. Sabido es que el pretor urbano, al entrar en funciones publicaba un edicto ó exposición de las reglas que se proponía observar en la administración de justicia durante el año, y que de aquí nació aquel derecho honorario, *jus honorarium*, que tanta influencia tuvo en la legislación romana. Creen algunos que las funciones del pretor urbano consistían en publicar un edicto anual y que el *prætor peregrinus* administraba justicia, en tanto en conformidad con el edicto, en tanto según las leyes de la nación extranjera á que pertenecían las partes y hasta según el derecho natural; pero los autores hablan también de edictos del *prætor peregrinus*, y parece que en ciertos casos se podía apelar á su tribunal de las disposiciones del pretor urbano. Sin embargo, parece también que no tenía lo que se llamaba las acciones de la ley, *legis actiones*, que no se podía pedir en justicia ante él legalmente y en conformidad con el derecho civil. Entre los dos pretores existía otra diferencia; la de que los extranjeros no podían demandar en justicia ante el pretor urbano, teniendo este derecho los ciudadanos solamente.

otros dos pretores (1), M. Claudio Marcelo para la Sicilia y L. Postumio Albino para la Galia. Todos estaban ausentes al ser nombrados; y exceptuando Terencio, habíanse concedido las dignidades á hombres que ya las habían tenido y hasta se había apartado á algunos ciudadanos valerosos y enérgicos, porque en aquellas circunstancias no se creía que debían nombrarse magistrados inexpertos.

Aumentáronse también los ejércitos. En cuanto al número del aumento en peones y jinetes, los autores varían de tal manera en cuanto á la cantidad y género de tropas, que nada podría asegurar positivamente. Dicen unos que se reclutaron diez mil soldados para refuerzo; otros, cuatro legiones nuevas, para que los cónsules tuviesen ocho legiones á sus órdenes; según algunos, aumentáronse también las legiones con mil peones y cien jinetes cada una, elevándolas de este modo á cinco mil hombres de á pie y trescientos caballos. Los aliados tuvieron que suministrar el doble de caballos é igual número de infantes; de manera que los romanos debieron tener ochenta y siete mil doscientos combatientes en la batalla de Cannas. Lo que se reconoce unánimemente es que se desplegaron más celo y mayores esfuerzos que en los años anteriores, habiendo dado el dictador la esperanza de vencer al enemigo. Por lo demás, antes de que las legiones nuevas saliesen de Roma, recibieron orden los decenviros de consultar los libros

(1) Mientras el imperio romano estuvo reducido á Italia, solamente hubo dos pretores. Después se crearon otros dos para gobernar la Sicilia y la Cerdeña, cuando estas dos islas pasaron á ser provincias romanas, en el año de Roma 506. Algo más adelante, la conquista de las Españas, ulterior y citerior, hizo crear otros pretores. De estos seis magistrados, solamente dos permanecían en Roma; los otros, inmediatamente que eran reconocidos, marchaban á sus provincias, que se repartían, lo mismo que los cónsules, por sorteo ó voluntariamente.

sagrados, á causa de nuevos prodigios que aterraban á la multitud. Decíase que en Roma, sobre el Aventino y en la villa de Aricia, habían llovido piedras casi al mismo tiempo: en el país de los sabinos se vió sudar sangre las estatuas y brotar agua caliente de una fuente. Otro accidente muy repetido alarmaba todavía más. En la calle Fornicata habían caído muertas algunas personas por el rayo. Expiáronse estos prodigios según las prescripciones de los libros sagrados. Legados de Pestum llevaron á Roma copas de oro: dióseles gracias como á los napolitanos, pero se rehusó el oro.

Por aquellos mismos días entró en el puerto de Ostia una flota del rey Hierón cargada de provisiones. Los legados siracusanos, presentados en el Senado, dijeron: «Que la noticia de la muerte del cónsul Flaminio y el desastre de su ejército habían causado más profunda pena á Hierón que si le hubiese ocurrido una desgracia en su propia persona ó á su reino. Así, pues, aunque sabía muy bien que la grandeza de ánimo del pueblo romano era más admirable en la adversa fortuna que en la favorable, le enviaba sin embargo todos los recursos que pueden prestar en la guerra buenos y fieles aliados, y suplicaba á los padres conscriptos que no los rechazasen. En primer lugar traían, como presente de buen agüero, una Victoria de oro de trescientas veinte libras de peso, con la súplica de que la aceptasen y la conservasen perpetuamente. Sus naves habían traído además cien mil modios de trigo y doscientos mil de cebada para que no careciesen de víveres, y llevarían tanto como necesitase al punto que les designaran. Sabía Hierón que el pueblo romano no admitía en su caballería é infantería más que romanos y latinos; pero había visto en sus campamentos tropas ligeras compuestas de extranjeros. Por esta razón enviaba mil sagitarios y honderos, excelentes para oponerles á los baleares, á los moros y á los

demás combatientes que pelean de lejos.» A estos dones añadía el consejo «de enviar al Africa con una flota al pretor á quien tocase en suerte la Sicilia, con objeto de que el enemigo, teniendo también la guerra en su territorio, experimentase más dificultad para enviar socorros á Aníbal.» El Senado contestó que «Hierón era generoso y noble aliado; que desde que ajustó amistad con el pueblo romano, había permanecido constantemente fiel y en todo tiempo y lugar había ayudado á la república espléndidamente. El pueblo romano le tributaba todo el agradecimiento que debía tributarle; que otras ciudades le habían ofrecido oro; que había agradecido el ofrecimiento, pero rechazado el donativo. Que aceptarían la Victoria y el presagio: que colocarían aquella diosa en el Capitolio, en el templo de Júpiter Óptimo Máximo: instalada en aquella fortaleza sagrada, allí sería sin duda favorable á todos y propicia al pueblo romano.» Entregáronse á los cónsules los sagitarios, honderos y el trigo: añadiéronse veinticinco quinqueremes á la flota que el propretor T. Otacilio mandaba en Sicilia, y se le permitió pasar al Africa, si le parecía conveniente para la república.

Hechas las levas, los cónsules esperaron durante algunos días la llegada de los auxiliares latinos. Entonces los tribunos militares, cosa que no se había exigido nunca hicieron jurar á los soldados que acudirían á las órdenes de los cónsules y que no se alejarían jamás sin licencia. Antes solamente existía compromiso solemne; cuando formaban por decurias ó centurias, los jinetes y los infantes en sus decurias ó centurias juraban juntos y espontáneamente no huir ni temer y no abandonar su puesto sino para tomar ó recoger un arma, herir á un enemigo ó salvar un ciudadano: este pacto voluntario se convirtió en juramento legal, prestado en manos de los tribunos. Antes de salir de Roma,

pronunció Varrón delante del pueblo muchas arengas arrogantes, en las que decía muy alto «que los nobles habían atraído la guerra á Italia, que permanecería adherida á las entrañas de la república, si se tenían generales de la condición de Fabio; pero que él la pondría fin el primer día que viese al enemigo.» Su colega Paulo Emilio solamente habló una vez, la víspera de su marcha, siendo su oración más sincera que agradable al pueblo. Sin embargo, sin pronunciar ni una palabra hostil contra Varrón, solamente mostró extrañeza de «que un general, antes de conocer su ejército, el del enemigo, la situación del terreno, la naturaleza del país, pudiese saber en el Foro lo que haría en el ejército, y hasta predecir el día en que libraría la batalla. Por su parte, sabiendo que las circunstancias imperan en los destinos de los hombres más que los hombres en las circunstancias, no tomaría de antemano ninguna resolución. Mucho deseaba que las operaciones, dirigidas con prudencia y tino, consiguieran buen éxito; pero que la temeridad, además de ser insensata, había sido desgraciada hasta entonces.» Esto demostraba que Paulo Emilio estaba decidido á seguir los partidos seguros con preferencia á los rápidos. Sin embargo, para fortalecerle en sus buenos propósitos, Q. Fabio, en el momento de su partida, según se dice, le dirigió este discurso:

«Si tu colega, como yo desearía, se te pareciese, Paulo Emilio, ó tú fueses semejante á él, ociosas serían mis palabras: porque sin mis consejos, dos buenos cónsules servirían los intereses de la república con pleno conocimiento, y dos malos cerrarían los oídos y sus inteligencias á mis discursos. Pero viendo lo que es tu colega y lo que tú eres, me dirigiré á ti porque preveo que tu mérito y patriotismo serán inútiles, si por otro lado se compromete á la república. Los buenos y malos propó-

ositos tendrán iguales derechos y el mismo poder. Mucho te engañarías, Paulo Emilio, si creyeras que has de tener que luchar menos contra Varrón que contra Aníbal: ni siquiera sé si tu antagonista no será más temible para ti que el enemigo. Con éste solamente tendrás que habértelas en el campo de batalla; con aquél, en todo tiempo y lugar. Contra Aníbal y sus legiones tendrás tu infantería y tu caballería; Varrón te atacará con tus propios soldados. No busco un presagio en el recuerdo de Flaminio; sin embargo, hasta después de haber sido nombrado cónsul no mostró su extravagancia en las provincias y el ejército, y éste antes de pedir el consulado, al pedirlo y ahora que es cónsul, antes de ir al enemigo y de ver el campamento, hace locuras. Ahora bien: ese hombre que tantas tempestades promueve entre los ciudadanos, hablando muy recio de combates y batallas, ¿qué no hará en medio de una juventud armada, allí donde el efecto sigue inmediatamente á la palabra? Pues bien: si como dice, viene á las manos en el acto, ó no conozco el arte militar, la naturaleza de esta guerra y al enemigo, ó muy pronto habrá otro paraje más célebre que Trasimeno por nuestras desgracias. No debo yo gloriarme delante de ti solo, y además, he mostrado más desprecio que entusiasmo por la gloria. Pero el caso es así: el único método de hacer la guerra contra Aníbal es el que yo he seguido. Y esto no lo demuestran solamente los resultados (maestros de las gentes poco inteligentes), sino que también la razón, que fué y será siempre inmutable, mientras que no cambien las cosas. Hacemos la guerra en Italia, en nuestro suelo, en nuestros hogares; estamos rodeados de conciudadanos y de aliados que nos ayudan y ayudarán con armas, hombres, caballos y víveres, prenda de fidelidad que nos han dado ya en nuestros reveses. Cada día nos hace mejores, más prudentes y más fuer-

tes. Aníbal, por el contrario, se encuentra en territorio extranjero, enemigo, donde todo está armado, conjurado contra él; lejos de sus hogares, de su patria, no goza de paz en tierra ni en el mar. No tiene una ciudad, una fortaleza donde albergarse. En ninguna parte ve nada que le pertenezca y vive del pillaje diario. Apenas le queda la tercera parte del ejército con que pasó el Ebro. El hambre le ha matado más soldados que el hierro, y ya no puede alimentar los pocos que le quedan. ¿Dudas que, ganando tiempo, no terminemos con un enemigo que se debilita de día en día y que no tiene convoyes ni refuerzos ni dinero? ¿Cuánto tiempo está ya detenido delante de Geronio, miserable castillo de la Apulia, como si se encontrase delante de las murallas de Cartago? Pero no quiero vanagloriarme delante de ti. Considera cómo los últimos cónsules Cn. Seryilio y Atilio se han burlado de él. Ese es el único camino de salvación, Paulo Emilio; pero tus conciudadanos te lo harán más difícil y más escabroso que tus enemigos. Porque tus soldados querrán lo mismo que los soldados enemigos, y Varrón no deseará otra cosa que Aníbal, el general cartaginés. Tú solo tendrás que resistir á dos generales, y les resistirás, si permaneces inquebrantable ante la opinión y rumores de la multitud, si no te domina ni la vanagloria de tu colega ni tu pretendida deshonra. Dícese que frecuentemente se somete á dura prueba la verdad, pero jamás se extingue. El desprecio de la gloria hace conseguir la verdadera. Deja que califiquen de timidez tu prudencia, de lentitud tu circunspección, de cobardía tu habilidad; más vale el temor de un enemigo sabio que el elogio de ciudadanos insensatos. Si eres audaz, Aníbal te despreciará; pero te tendrá miedo si no eres temerario. No te aconsejo yo la inacción, pero quiero que en tus empresas te guíes por la razón y no por la fortuna. Muéstrate siempre dueño de

los acontecimientos; permanece armado, vigilante; no pierdas ocasión, no dejes ninguna al enemigo. No precipites nada; todo se presentará claro y seguro; la precipitación es imprevisora y ciega.»

La contestación del cónsul no fué tranquilizadora, porque creía prudentes los consejos de Fabio, pero muy difíciles de seguir. «Si un dictador había encontrado tanta oposición en un jefe de los caballeros, ¿qué autoridad, qué fuerza tendría un cónsul contra un colega temerario y sedicioso? Semiquemado había podido escapar de un incendio popular en su primer consulado. Deseaba que la campaña tuviese feliz resultado; pero si ocurría alguna desgracia, prefería entregar la cabeza á los golpes del enemigo que á los votos de una multitud irritada.» Dicese que, después de esta conversación, Paulo Emilio partió, acompañado hasta las puertas de la ciudad por los senadores más distinguidos. Al cónsul plebeyo le acompañó la multitud de sus adictos, cortejo más numeroso que distinguido. Cuando llegaron al campamento, después de reunir los ejércitos antiguo y moderno, y de formar dos campamentos, de modo que el nuevo, que era más pequeño, se encontrase más inmediato á Aníbal, encerrando el antiguo la parte del ejército mejor y más fuerte, enviaron á Roma á M. Atilio, cónsul del año anterior, que se excusó por su avanzada edad y pusieron á su colega, Gemino Servilio, en el campamento pequeño, á la cabeza de una legión romana y de dos mil hombres de tropas aliadas de infantería y caballería. Aunque Aníbal vió aumentadas las tropas romanas en una mitad, no por esto dejó de alegrarle mucho la llegada de los cónsules; porque no solamente había agotado todas las provisiones que saqueaba diariamente, sino que carecía de medio de revituallarse, porque desde que los campos no estaban seguros, habían transportado el trigo á las plazas fuer-

tes, de manera que apenas le quedaba grano para diez días, como se supo después, y la penuria iba á producir la deserción de los españoles, si hubiesen dejado madurar las circunstancias.

Por lo demás, la fortuna hostigó la temeridad de Varrón y su impetuosa fogosidad, por consecuencia de un combate tumultuoso con los merodeadores de Aníbal, trabado más bien por el arrebato de sus soldados que por premeditado designio ó por orden de los generales, y en el que los cartagineses tuvieron considerable desventaja, porque les mataron cerca de mil setecientos hombres, mientras que los romanos y sus aliados no perdieron más que ciento. Pero como los vencedores se entregaban desordenadamente á la persecución del enemigo, Paulo Emilio, que mandaba aquel día (porque lo hacían alternativamente) les contuvo, por temor á las emboscadas, con profundo despecho de Varrón, que gritaba se dejaba escapar al enemigo de sus manos, y que se hubiese podido terminar la guerra de haber continuado. No impresionó mucho á Aníbal este descalabro, considerándolo más bien como cebo para la temeridad de Varrón y de sus soldados, cuya mayor parte eran bisoños, porque conocía los asuntos del enemigo como los suyos propios. Sabía que era muy diferente el carácter de los dos cónsules, que discutían siempre y que las dos terceras partes del ejército las formaban los bisoños. Creyendo, pues, haber encontrado momento y terreno favorable para una emboscada, parte con sus soldados, que solamente llevaban las armas, abandonando en el campamento todos los bienes del ejército y del soldado, y les oculta detrás de las montañas inmediatas, la infantería á la izquierda, la caballería á la derecha y hace marchar los bagajes por el valle que se encontraba en medio, con objeto de abrumar al enemigo, mientras estuviese ocupado y embarazado

con el saqueo del campamento que parecería abandonado por sus aterrados dueños. Dejó sin embargo muchas hogueras, para hacer creer que había querido retener á los cónsules en su posición, mientras conseguía alejarse por medio de aquel simulacro de campamento, que el año anterior engañó á Fabio.

En cuanto amaneció, los romanos quedaron muy asombrados, primeramente por la falta de guardias, y en seguida, acercándose más, por el profundo silencio que reinaba en todas partes. Quedando entonces reconocido el abandono del campamento, corrieron á los pretorios de los cónsules para anunciarles que los enemigos habían huído con tanta precipitación, que habían dejado clavadas las tiendas y muchas hogueras encendidas para ocultar su fuga. Alzóse en seguida un grito general; los soldados quieren que se dé la señal de marcha, que les lleven en persecución del enemigo, y ante todo al saqueo del campamento. Varrón se agitaba como el último de los soldados: Paulo Emilio repetía sin cesar que era indispensable tener prudencia y mantenerse alerta; pero no pudiendo al fin hacer frente á la sedición y á su jefe, mandó á la descubierta al prefecto Mario Statilio con una turma de lucanos. Llegando éste á las puertas del campamento, detuvo sus tropas en el exterior, penetró él mismo en el recinto con dos jinetes, y después de reconocerlo todo cuidadosamente, marchó diciendo que sin duda alguna les tendían un lazo: que las hogueras las habían dejado en la parte del campamento que miraba al enemigo; que las tiendas estaban abiertas, todos los objetos preciosos puestos á la vista, que había encontrado plata sembrada en algunos trechos del camino, como cebo para el pillaje. Estas noticias, dadas para contener la avidez, no hicieron otra cosa que aumentarla; y habiendo comenzado á gritar los soldados «que si no daban la señal, marcharían sin

jefes», no les faltó jefe, porque en el acto mandó dar Varrón la señal de marcha. Pero habiendo confirmado la oposición de Paulo Emilio el auspicio de las gallinas sagradas, lo hizo anunciar á su colega en el momento en que las enseñas salían del campamento. Aunque contrarió esto mucho á Varrón, el reciente desastre de Flamínio y la derrota naval del cónsul Claudio (1) en la primera guerra púnica, despertaron escrúpulos en su ánimo. Parece que los mismos dioses suspendieron aquel día, más bien que disiparon la desgracia que amenazaba al pueblo romano, porque en el momento mismo que los soldados se negaban á obedecer al cónsul, que les mandaba volver las enseñas al campamento, dos esclavos pertenecientes, el uno á un caballero romano y el otro á un sidicino, y que bajo el consulado de Servilio y Atilio habían caído en manos de los númidas, entre los merodeadores, se presentaron á reunirse con sus amos. Llevados en seguida ante los cónsules, les dijeron que el ejército de Aníbal estaba emboscado detrás de las montañas inmediatas; noticia que llegó con mucha oportunidad para levantar la autoridad de los cónsules, habiendo empezado uno de ellos por comprometer su dignidad con su ambición y deplorable indulgencia.

Viendo Aníbal que los romanos habían hecho un movimiento aventurado sin llegar al último extremo, y que estaba descubierta su astucia, volvió á su campamento sin haber conseguido nada. Pero la falta de trigo no le permitía permanecer en él mucho tiempo, y diariamente formaban nuevos proyectos, no solamente los

(1) El cónsul P. Claudio Pulquer, quien, habiéndole anunciado que las gallinas sagradas no querían comer, mandó que las arrojase al mar, diciendo: "puesto que no quieren comer, que beban.", Asdrúbal le venció cerca de Drepanum y perdió una flota de más de cien naves.